

Sheila Jasanoff

# La arrogancia de la biología

¿Puede la ciencia dotar  
de sentido a la vida?



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *Can Science Make Sense of Life?*

Esta obra ha sido publicada por primera vez en 2019 por Polity Press. Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge.

Traducción del inglés: Dulcinea Otero-Piñeiro

Revisión científico-técnica de David Galadí-Enríquez, doctor en física

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Sheila Jasanoff 2019

© de la traducción: Dulcinea Otero-Piñeiro, 2021

© de la revisión técnica: David Galadí-Enríquez, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-138-8

Depósito legal: M. 28.119-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Agradecimientos
11	Prólogo
25	1. La vida a través de una lente nueva
54	2. El Libro de las revelaciones
87	3. La vida y la ley: giros constitucionales
121	4. La vida en la zona gris
152	5. Juegos del lenguaje
183	6. Un nuevo biopoder
217	7. Los propósitos de la vida
231	Notas
237	Referencias bibliográficas
251	Índice analítico



# Agradecimientos

Hasta los libros cortos llegan al mundo con numerosas deudas ocultas, y las palabras por sí solas no bastan para saldarlas como merecen, aunque hay que intentarlo. En primer lugar agradezco a Jonathan Skerrett, del sello editorial Polity, que me animara a escribir este libro y la paciencia que manifestó con los inevitables altibajos hasta ver el proyecto inicial concluido. Gracias a Sarah Dancy por su cuidadosa edición del texto, y a Neil de Cort y al equipo de producción de Polity por su inestimable ayuda entre bambalinas. El libro también representa varios años de apoyo a la investigación por parte de la Fundación Nacional para la Ciencia de los Estados Unidos de América, en particular, bajo el proyecto número SES-1058762, y a través de becas de la Fundación Greenwall y el Instituto Faraday de la Universidad de Cambridge. También me siento en deuda con Shana Ashar por la inquebrantable ayuda administrativa que me brinda en todos los aspectos de mi vida profesional.

Desde un punto de vista conceptual, la obra ganó mucho tras varios años de conversaciones con estudiantes que han cursado mi asignatura sobre bioética, legislación y ciencias de la vida en la Escuela Kennedy de Harvard. Me siento especialmente en deuda con mis compañeros del Comité Supervisor de Células Madre Embrionarias de Harvard, así como con los científicos cuya labor revisamos, porque han contribuido a mejorar mi conocimiento sobre qué debe tenerse en cuenta para controlar las oscilantes fronteras entre las ciencias de la vida y las tecnologías. Las palabras me parecen mucho menos adecuadas aún para manifestar mi agradecimiento a Stephen Hilgartner y J. Benjamin Hurlbut, dos amigos cuya lectura crítica mejoró enormemente el texto inicial, pero que, además, actuaron como interlocutores indispensables sin cuyo entusiasmo crítico habría perdido mucho antes mi inventiva como escritora. Hilton Simmet me brindó una ayuda valiosa con el índice pero también me abrió los ojos a las posibilidades de la obra como metáfora, y reforzó mi confianza, a veces muy debilitada, en el valor del proyecto. Aunque gran parte de la inspiración para escribir este volumen se la debo a mi alumnado, mis compañeros y amigos, todos los errores y deficiencias que pueda contener son, por supuesto, obra mía.

Tengo la suerte de pertenecer a una familia de escritores que dieron sentido a una forma de vida que otras personas considerarían aislada. Si yo la siento así muy rara vez es gracias a cinco seres, Jay, Alan, Maya, Luba y Nina, que renuevan constantemente mi sorpresa sobre qué y para qué es la vida.

# Prólogo

En febrero de 1943 Erwin Schrödinger, teórico cuántico galardonado con el Premio Nobel, impartió tres conferencias en el Trinity College de Dublín sobre las ventajas de usar términos tomados de la física y la química para definir la vida. La pequeña obra resultante, publicada un año más tarde bajo el sugerente título *¿Qué es la vida?*, comenzaba con una cita de la *Ética* de Spinoza que decía: «En nada piensa menos el hombre libre que en la muerte; su sabiduría consiste en reflexionar, no sobre la muerte, sino sobre la vida». Schrödinger iniciaba su propia reflexión a partir de un tema sorprendente, con una disquisición sobre la pequeñez de los átomos. Proseguía especulando con que la vida en sí se organiza a un nivel molecular en términos de regularidades que explican tanto la variedad como la estabilidad relativa de los organismos biológicos. Tiene que haber algún dispositivo mínimo de ordenación, sugería él, capaz de generar

las estructuras vivas que conocemos y que somos. Según observaba el físico, dos series de cromosomas, una de la madre y otra del padre, «contienen en alguna forma de clave o texto cifrado el esquema completo de todo el desarrollo futuro del individuo y de su funcionamiento en estado maduro». ¿Qué más podía responder de la infinita variedad de la vida?

Los términos «clave» o «texto cifrado» significaban para Schrödinger que en la estructura de los cromosomas de un óvulo fertilizado debía de haber alguna fuerza directriz que fuera capaz de determinar «si de un huevo, bajo determinadas condiciones, se desarrollaría un gallo negro o una gallina moteada, una mosca o una planta de maíz, un rododendro, un escarabajo, un ratón, o una mujer» (Schrödinger, 2011 [1944], 42). El milagro de la biología consiste, según afirmaba él, en que dentro de cada célula hay algún regulador todavía desconocido que controla esta riqueza de seres vivos, tan distintos en cuanto a diversidad de los cristales periódicos como lo es un cartón de Rafael del motivo repetitivo de un papel pintado para decorar paredes. Él equiparaba este mecanismo con un entramado burocrático que opera siguiendo las mismas reglas de juego:

Puesto que conocemos el poder que esta minúscula oficina central posee en una célula aislada, ¿no se parecen a estaciones de gobierno local dispersas por todo el cuerpo, que se comunican entre sí con suma facilidad gracias a una clave común para todas ellas? (2011 [1944], 122).

El modesto librito de Schrödinger inspiró a toda una generación de jóvenes investigadores de la biología mo-



lecular, sobre todo a James Watson y Francis Crick, quienes descifraron la clave o texto cifrado y desvelaron con ello la estructura de la «oficina central» de la vida: el ácido desoxirribonucleico o ADN. Pero las implicaciones morales del ensayo de Schrödinger radican en otro lugar, en su convencimiento de que los complejos y abundantes fenómenos que conocemos como vida podrían conducir, y así lo harían, al análisis material a niveles moleculares. La clave, junto con las leyes sutiles que permiten controlar todas las estaciones del cuerpo, responde de la notable riqueza de la vida tal como la conocemos. En el capítulo final del libro, Schrödinger se preguntaba sobre la capacidad de la biología para generar «orden basado en orden»:

Un único grupo de átomos, del que existe una sola copia, produce acontecimientos ordenadamente, armonizados entre sí de modo maravilloso y con el ambiente siguiendo las leyes más sutiles (2011 [1944], 122).

Pero ¿quién acabaría descifrando esas leyes para consolidar nuestro conocimiento de la vida, y qué consecuencias de alcance tendría eso para el futuro de la humanidad? Schrödinger no dio respuesta a estos interrogantes.

Los grandes avances del siglo XX en las ciencias de la vida han contribuido a la aceptación general de que a quien corresponde determinar el sentido de la vida es a los expertos en biología. Conviene prestar atención a los orígenes e implicaciones de esta primacía creciente. Es una historia de arrogancia en un sentido literal y etimológico (el término procede de la expresión latina *ad + rogare*),

es decir, el resultado de un proceso consistente en pedir o reclamar una disciplina para sí. Los dos objetivos de este libro son saber cómo ocurrió y por qué es importante. El primer hilo de mi argumentación, de carácter sobre todo histórico, recapitula las enrevesadas vías que condujeron a que una manera particular de interpretar la vida (la de las ciencias modernas de la vida) adquiriera superioridad frente a otros discursos y otras formas de pensar con una larga tradición. El segundo hilo, más normativo, aboga por la recuperación de otras formas de conocimiento más reflexivas para que la vida no se transforme en un mero objeto más del diseño consciente, valorado sobre todo por nuestra capacidad para poder manipularlo, adaptarlo y aprovecharlo de manera desigual a partir de esos actos de apropiación.

La bella simplicidad de la doble hélice del ADN aportó en un primer momento una justificación convincente para reforzar el estatus de la biología. El conjunto de átomos del que habló Schrödinger contiene, como sabemos ahora, pares de bases que se pueden representar con tan solo cuatro letras, A, T, G y C, que se corresponden respectivamente con adenina, timina, guanina y citosina. Si la materia de la vida pudiera descomponerse en estas letras combinando siempre la A con la T y la G con la C, entonces sería casi irresistible pensar en escribir todo un libro con este parco alfabeto. Desde la época medieval han circulado por Occidente numerosas referencias a un libro de la naturaleza donde están escritas las leyes divinas que rigen el funcionamiento de la vida. Los descubrimientos revolucionarios conllevan nuevos sueños de control, tal como vislumbró la astuta serpiente

al tentar a Eva en el Jardín del Edén. La biología en la era pos-ADN despertó tentaciones similares. Su objetivo principal de acceder al conocimiento se reconció pronto como un proyecto de autoría. Los científicos de la vida, tal como han señalado los historiadores (Kay, 2000), asimilaron con rapidez y entusiasmo las metáforas del libro y el código, y proclamaron su capacidad no ya para descifrarlo, sino también para alterar, y a la larga incluso reescribir, su contenido.

El distinguido biólogo Robert Sinsheimer fue uno de los primeros en convertirse. Una noche lluviosa del año 1965 dio una conferencia pública en Pasadena sobre «El libro de la vida» en la que comparó la «información genética con la información escrita en un libro, como si se tratara de un libro de recetas o de un manual para montar composiciones florales» (1994, 134). De manera casi imperceptible, aquella descripción se convirtió en el objetivo, de forma que el libro de la vida se transformó en una guía práctica para fabricantes y creadores modestos, cual cocineros y floristas, cuya creatividad se reduce a recombinar distintos ingredientes. Pero, a pesar de las promesas de aplicaciones futuras, la biología molecular siguió celebrándose como una ciencia, una forma radicalmente novedosa de conocimiento y de encontrar sentido a las cosas. Nicholas Wade, autor de ciencia desde hace mucho tiempo para el *New York Times*, escribió una serie de artículos titulada «Reading the Book of Life» (2000a) y dedicada a la secuenciación del genoma humano. La primera de aquellas composiciones suyas aclamó el acontecimiento como un «logro que representa una cúspide del autoconocimiento humano». De este

modo, la genómica trazaba una senda para el progreso, el arranque perfecto para un nuevo milenio. En otro artículo de Wade (2000b), James Watson recordaba el papel particular que desempeñó él mismo dentro de ese viaje: «Solo una vez tendría la oportunidad de hacer que mi carrera científica recorriera el camino que va desde la doble hélice hasta los tres mil millones de peldaños del genoma humano». Con Watson entre el público, el presidente estadounidense Bill Clinton reconoció aquel logro extraordinario el día que anunció la finalización de un primer borrador del mapa del genoma humano. En alusión al conocido lenguaje modesto del artículo publicado por Watson y Crick en *Nature* en 1953 sobre la doble hélice, el presidente dedicó al científico dos palabras igual de modestas: «Gracias, señor».

Menos de veinte años después, Jennifer Doudna, una de las codescubridoras de la técnica CRISPR-Cas 9 para modificar genes, relató este descubrimiento en una obra titulada *A Crack in Creation* [‘Una fisura en la Creación’], cuyo portentoso subtítulo atribuía a la biología «el nuevo poder de controlar la evolución» (Doudna y Sternberg, 2017). Su libro no fue el primero en vincular la biología molecular al poder divino para crear o rehacer el destino de la humanidad. En 1979 el periodista Horace Freeland Judson publicó un volumen de 686 páginas titulado *El octavo día de la Creación* que lo catapultó a la fama como historiador de ciencia contemporánea, al mismo tiempo que convirtió este título en un verdadero lema para la revolución biológica. Judson dedicó casi diez años a entrevistar a la mayoría de los abanderados en la materia para escribir su crónica magistral. Como es

lógico, puso el foco en la ciencia. Pero lo que salía de los principales laboratorios mundiales de biología molecular ya estaba sugiriendo unas posibilidades sin precedentes para manipular los organismos vivos. De hecho, ya en el año 1975 el propio Judson había escrito en la revista *Harper's Magazine*: «Creo que nos asusta la plasticidad del hombre» (1975a, 41). No era un temor injustificado. Su extenso volumen salió un año después del primer nacimiento confirmado de un ser humano concebido fuera del útero materno, Louise Brown, nacida en Inglaterra el 25 de julio de 1978. La primera clonación fructífera de un mamífero a partir de la célula de un animal adulto se produjo menos de dos décadas después con el nacimiento de la oveja Dolly en Escocia el 5 de julio de 1996, y cinco años más tarde se completó el mapa y la secuenciación del genoma humano. Relatos como el de Judson —y hay muchos menos notorios que el suyo— presentan una disciplina científica afanada en trazar el guion de sus propios poderes semiproféticos, unos medios de comunicación fascinados con las posibilidades que ofrece la ciencia para transformar el conocimiento de la vida y nuestras expectativas sobre ella, y una clase política deseosa de atribuirse el mérito de los adelantos que gozan de gran aceptación popular. Desde que los luditas destruyeron los telares mecánicos de la revolución industrial se ha considerado errónea y retrógrada la reticencia a aceptar la ciencia y la tecnología más punteras (Juma, 2016). Pero, ante la retórica de las expectativas y las exageraciones (y en ocasiones los miedos) que acompañan a los descubrimientos fundamentales en biología de nuestra era, es fácil perder de vista los complejos contextos so-

ciales y culturales de los que surgieron esos descubrimientos, y que a su vez definieron cómo asignar a esos hallazgos unos usos tanto buenos como malos. La capacidad para reescribir el libro de la vida que proclaman las ciencias actuales de la vida desvía la atención de una historia que cuenta con capítulos más negros en los que la biología se alió de buena gana con los poderes del Estado: esterilización eugenésica, leyes de inmigración basadas en argumentos raciales y experimentación nazi, por nombrar algunos de los casos más destacados. Hasta las desastrosas purgas de Iósif Stalin en la genética soviética bajo el influjo de la campaña antimendeliana de Trofim Lysenko se pueden interpretar como un capítulo normal dentro de la reconciliación entre las promesas de la ciencia y las aspiraciones del gobierno, aunque las críticas occidentales rechazaban el lysenkoísmo de manera sistemática por considerarlo una aberración, una apropiación indebida y unilateral de la ciencia desde el ámbito de la política (Graham, 2016).

Desde este punto de vista, la metáfora del libro de la vida conlleva sus propias simplificaciones imperiales. La representación del genoma humano como *el* libro de la vida, escrito en el sencillo código de las cuatro letras del ADN, atribuye a los biólogos de forma implícita un papel sacerdotal: ellos son los únicos con autoridad para leer ese libro, los más cualificados para interpretar sus misterios y extraer de él las enseñanzas para el futuro de la humanidad. Pero el libro genético de la vida se encuentra en la práctica al mismo nivel que muchos otros volúmenes cuyos autores también han dedicado mucho más tiempo a lo largo de espacios culturales mucho más

diversos a plantearse cuestiones sobre el sentido y la finalidad de la vida en general, y de la vida humana en particular. Algunos de esos libros adicionales también son científicos y versan sobre disciplinas como la ecología o la biología evolutiva, que son mucho más dadas a contemplar su materia de estudio como algo complejo y sistémico y, por tanto, no accesible mediante la llave maestra única del decodificador genético. Otros libros en la biblioteca del pensamiento humano antiguo abordan el cometido de encontrarle un sentido desde perspectivas que inciden no tanto en *qué es* la vida, sino en su *para qué*. Estos son los libros dedicados a legislación, religión, teoría política y filosofía moral, donde las sociedades humanas han dejado constancia desde los inicios de la historia de sus ideas sobre qué hace que la vida sea algo bueno y merezca la pena vivirse y, más en concreto, qué hace que una vida sea humana y qué tiene de especial la condición de ser humanos.

Es más, el poder de la metáfora del libro se sitúa dentro de una tradición teológica que pertenece a los pueblos «del Libro», o la Biblia. Esta asociación aparta la atención de otras reflexiones antiguas sobre el significado de la vida y sobre conexiones entre sus dimensiones material y espiritual que no están tan centradas en libros o códigos. Cabría pensar aquí en el célebre episodio de los Upanishads indios en el que el maestro Uddalaka instruye a su ilustrado hijo Shvetaketu sobre las relaciones entre una vida individual y la realidad absoluta o suprema de la existencia. El hijo acaba de regresar orgulloso de sus logros en el estudio de los Vedas, los textos sagrados hindúes, cuando el padre le enseña, a través de una

serie de ejemplos, que existe una esencia o unidad del ser que no es lo mismo que sus manifestaciones particulares. Como es bien sabido, el padre pide al hijo que le traiga una fruta del árbol *nyagrodha* y que la abra para ver qué contiene. El hijo ve semillas minúsculas y el padre le pide que abra una de esas semillas y que le diga qué contiene. El hijo lo hace y no encuentra nada. Entonces el padre responde que esa esencia inmaterial, esa nada visible, es en realidad la esencia del árbol y de todos los seres materiales vivientes. En este texto en sánscrito tan citado, Uddalaka comunica a su hijo: *Tat tvam asi* ('Tú eres eso').

No se trata ni de poner a competir doctrinas religiosas con teorías científicas ni de defender ninguna relación dominante particular entre la biología y la religión o la filosofía. Se trata más bien de observar que las descripciones de la vida tienen numerosos orígenes y finalidades, y que no todos ellos están conectados para desvelar o controlar los procesos físicos del ser. De hecho, una distinción que ha preocupado a los filósofos de Occidente desde Aristóteles hasta figuras tan recientes y contemporáneas como Hannah Arendt, Michel Foucault y Giorgio Agamben es precisamente la diferencia entre la vida en general (*zoè* –ζωή– en griego), que se corresponde con la vida natural o física del cuerpo, y la vida buena o activa (*bíos* –βίος– en griego), que existe más allá del cuerpo, por lo común en relación con una comunidad, una vida dedicada a comprender y rehacer su propia condición. Para los estudiantes de la vida social, política y ética, no se puede encontrar un sentido en la mera esencia de lo que nos permite funcionar como agentes



biológicos atomizados. *Esa* vida no es humana en cierto sentido esencial. Para empezar a analizar la condición humana hay que apreciar, de acuerdo con Arendt (1958, 22), que «ninguna vida humana, ni tan siquiera la vida del eremita inmerso en la naturaleza salvaje, es posible sin un mundo que atestigüe directa o indirectamente la presencia de otros seres humanos». El sentido de la vida, la respuesta a interrogantes relacionados con el propósito de la existencia, solo germina dentro de esa conexión.

El presente librito aspira a corregir, en cierto sentido, la elegante óptica, aunque demasiado simplificada, de la visión de la vida a modo de clave o texto cifrado que ofrece Schrödinger al contemplarla a través del ojo físico. En lugar de plantear «¿qué es la vida?» sin más, yo aspiro a poner de manifiesto que esta pregunta no se puede separar con facilidad de la cuestión asociada e indivisible de «¿para qué es la vida?». A lo largo de las últimas décadas de desarrollo científico, las sociedades humanas se han topado una y otra vez con fronteras nuevas de sentido, a medida que ha sido posible organizar y reorganizar de maneras nuevas las unidades fundamentales de la materia viva. ¿Dónde empieza la vida que nos importa? ¿Dónde acaba esa vida? ¿Qué relación mantiene una forma de vida como, por ejemplo, la humana con otras formas de vida, incluidas aquellas de una similitud biológica cercana que no manifiestan capacidades consideradas claramente humanas, tales como el lenguaje? Estos interrogantes con carga moral van unidos a cuestiones relacionadas con la autoridad y la responsabilidad social. ¿Qué opiniones deben tenerse en cuenta y cuáles no a la hora de resolver estas inquietudes fundamenta-

les? ¿Tiene la ciencia alguna autoridad especial para trazar el camino del progreso humano? Y si así fuera, ¿por qué? ¿Quién decide cuándo se cuestionan las respuestas? Dicho de otro modo, ¿qué intérpretes del sentido de la vida están acreditados con la máxima autoridad cuando no está claro si a un problema le corresponde el ámbito de la legislación o el de la ciencia, el de la política o el de la valoración experta, el de los compromisos sociales comunes o el de la creencia religiosa más privada?

No es de extrañar que ninguna de estas preguntas se haya dejado responder con facilidad y que, por tanto, los problemas subyacentes sigan muy candentes. Para avanzar en nuestra argumentación, ha llegado la hora de evaluar las múltiples reclamaciones y negaciones de autoridad que se han producido *de facto* en torno a las prácticas de la biología y la biotecnología en la era posgenética. Para ceñirnos a la pregunta que da título al presente volumen nos centraremos en el papel que ejerce la ciencia para resolver (o para sostener que resuelve) los dilemas éticos, legales y sociales que giran en torno a las definiciones de la vida. La ciencia hace esto eludiendo las diferencias entre la vida natural y la vida social y, por tanto, entre lo que es la vida y para qué debería ser. En primer lugar consideraremos la emergencia de la biología no solo como un campo de conocimiento prometedor para estudiar la naturaleza de la vida, sino como una fuerza que adquirió una autoridad cultural superior para definir el alcance y los límites de su propio avance. A continuación analizaremos varias de sus disciplinas, en especial la biología reproductiva y sintética, donde la disputa actual por la autoridad se libra entre la biología, la bio-

tecnología y otras instituciones sociales, como la legalidad y la ética, que también participan en la definición de la finalidad de la vida. Concluiremos con la observación de los cambios institucionales necesarios para resolver las tensiones pendientes entre lo que *es* y lo que *debería ser* la existencia humana en un tiempo en que la biología se atribuye a sí misma nada menos que el poder de gobernar el futuro evolutivo de la humanidad.

Esta obra defiende que los avances en las ciencias y las tecnologías de la vida están alterando la idea colectiva sobre los futuros deseables que se pueden alcanzar a través de la ciencia y la tecnología, o lo que cabría denominar los imaginarios sociotécnicos (Jasanoff y Kim, 2015), en las sociedades contemporáneas. Estos cambios son lo bastante profundos como para repercutir en la interpretación constitucional de quiénes somos como sujetos humanos y cómo queremos que nos gobiernen no ya como ciudadanos de Estados nacionales, sino también como seres vivos capacitados para reflexionar sobre el valor de nuestra propia existencia y el significado de nuestra relación con la naturaleza y nuestro entorno planetario. Por ahora, los contornos de estas nuevas interpretaciones de la ciencia, la tecnología y la sociedad solo se vislumbran a grandes rasgos. La esperanza y el objetivo de este libro son definir mejor estas ideas incipientes para que la biología ocupe el lugar que le corresponde dentro de la sociedad, y no por encima de ella.



Figura 1.1 *¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos? (D'où venons nous? Que sommes nous? Où allons nous?)*. Paul Gauguin, 1897

# 1. La vida a través de una lente nueva

En 1897 Paul Gauguin, delicado de salud y sumido en el dolor de la pérdida repentina de su hija predilecta, comenzó a pintar una obra que concibió como su testamento final (Richardson, 2009). Este cuadro monumental, de metro y medio de alto por tres metros y medio de ancho, el tamaño de su cabaña tahitiana, exhibe en una secuencia brillante y onírica muchos de los elementos del repertorio simbólico personal del artista: un niño dormido, figuras misteriosas que cuchichean en las sombras, ramas y troncos de árboles entrelazados, un ser andrógino en el centro que se estira para alcanzar una fruta, aves y animales por aquí y por allá, un ídolo de piedra con las manos alzadas y una anciana que marca el final del ciclo alegórico de la vida. Los colores no son terrenales. Cuerpos de color amarillo anaranjado resaltan contra un fondo de tonos azul eléctrico, índigo y verde oscuro. Las esquinas de oro mate sugieren un soporte sólido